

El término de una búsqueda sin término. Karl Popper dialoga sobre la muerte

Mariano Artigas

Publicado en *Aceprensa*, 124/94 (28 septiembre 1994)

Sir Karl Popper nació en Viena el 28 de julio de 1902, y ha muerto en Londres el 17 de septiembre de 1994. Se le considera como uno de los filósofos principales de este siglo. Con toda seguridad, ha sido uno de los más influyentes en la filosofía de la ciencia, y también en la filosofía política y social, donde ha destacado por su defensa de la «sociedad abierta» democrática y su crítica del marxismo y de todos los totalitarismos.

En 1977 se publicó «El yo y su cerebro». La primera parte es de Popper. La segunda, de Sir John Eccles, premio Nobel de medicina (neurofisiología) por sus investigaciones sobre el cerebro. La tercera recoge doce diálogos que Popper y Eccles mantuvieron en Villa Serbelloni, a lo largo del mes de septiembre de 1974, hace ahora veinte años. En el prólogo dicen: "Uno de nosotros (Eccles) cree en Dios y en lo sobrenatural, mientras que el otro (Popper) podría calificarse de agnóstico, si bien cada uno de nosotros no sólo respeta profundamente la postura del otro, sino que simpatiza con ella".

En el diálogo XI (29 y 30 de septiembre), Popper y Eccles hablan sobre la supervivencia después de la muerte. Al filo de este tema, exponen sus opiniones sobre la ciencia y el sentido de la vida humana.

Las explicaciones evolucionistas

Quien cree en Dios puede ser a la vez evolucionista. Si lo es, afirmará que Dios ha creó el universo en un estado primitivo y puso en él unas leyes que permiten la progresiva organización de la materia; que Dios mantiene en el ser todo lo que ha creado y hace posible su evolución; y que, en cada persona humana, Dios crea un ser que se asemeja a El por sus capacidades espirituales de conocimiento y amor.

Quien no cree en Dios, debe ser evolucionista. Y debe afirmar que la persona humana «emerge» a partir de la materia, de un modo completamente misterioso. Algunos afirman dogmáticamente que la evolución lo explica todo. Otros reconocen que no explica casi nada, y deja casi todo en el misterio. Este es el caso de Popper.

En efecto, en el diálogo con Eccles, Popper declara: "Ahora deseo hacer hincapié sobre lo poco que se dice cuando se afirma que la mente es un producto emergente del cerebro. Prácticamente carece de valor explicativo y apenas equivale a algo más que poner un signo de interrogación en un determinado lugar de la evolución humana. No obstante, creo que es lo único que podemos decir desde un punto de vista darwinista". Desde luego, Popper era un convencido darwinista, pero esto no le impedía advertir que ni el darwinismo, ni ninguna otra teoría evolucionista, explican las características únicas de la persona humana.

Por si quedase alguna duda, Popper añade: "Y, ciertamente, la evolución no puede tomarse en ningún sentido como una explicación última. Hemos de hacernos a la idea

de que vivimos en un mundo en el que casi todo lo que es muy importante ha de quedar esencialmente inexplicado... en última instancia, todo queda sin explicar: especialmente todo cuanto se refiere a la existencia". Y todavía: "Me gustaría subrayar, por si no lo he hecho antes, que la teoría evolucionista nunca nos suministra una explicación plena de nada de lo que se genera en el transcurso de la evolución... En cierto sentido, la teoría evolucionista es terriblemente débil como teoría explicativa, y debiéramos ser conscientes de ello". Estas declaraciones nos conducen a las ideas de Popper acerca del conocimiento.

Conjeturas y refutaciones

El núcleo del pensamiento de Popper se sintetiza en esta expresión: «Conjeturas y refutaciones» es el título que puso a uno de sus principales libros, publicado en 1963. La idea básica es simple. Vivimos rodeados de enigmas, y para que nuestro conocimiento avance, necesitamos proponer hipótesis y someterlas a prueba. Sin embargo, nunca podemos demostrar que nuestras hipótesis son definitivamente verdaderas. Hay quien fabrica una teoría y se aferra a ella, cerrando los ojos a posibles contraejemplos: esa actitud es irracional y estéril. Debemos, más bien, buscar contraejemplos, y alegrarnos cuando encontramos uno, porque ahí podemos saber dónde nos hemos equivocado y, sobre esa base, podemos formular una hipótesis mejor. Por tanto, nuestro conocimiento avanza mediante hipótesis que son siempre «conjeturas», y contraejemplos que son «refutaciones» de esas conjeturas y nos llevan a nuevas hipótesis.

De ahí, el título que Popper puso a su autobiografía intelectual, publicada en 1974: «Búsqueda sin término». Nunca podemos estar completamente seguros de nada. Sin embargo, buscamos la verdad, y podemos acercarnos cada vez más a ella, con tal que utilicemos el método de «ensayo y error» o de «conjeturas y refutaciones».

De modo gráfico, Popper dice que ese método es básicamente el mismo desde la ameba hasta Einstein. Lo utilizan los animales, e incluso la evolución darwinista por «mutaciones y selección» viene a ser una variante del «ensayo y eliminación de error».

La sociedad abierta

Popper aplicó estas ideas a la teoría social y política. Su idea central es transparente: si nadie puede poseer certezas definitivas, hay que respetar a todos. De ahí su defensa a ultranza de la democracia, la tolerancia, el respeto a la persona. Y sus fuertes críticas a todo tipo de totalitarismos, especialmente al marxismo.

Es interesante notar que su demoledora crítica del marxismo fue expuesta en el voluminoso libro «La sociedad abierta y sus enemigos», publicado en 1945, cuando la Unión Soviética era aliada de las potencias occidentales. La obra tiene tres partes, dedicadas a tres grandes enemigos de la sociedad abierta: el tercero es Marx.

Frente a las utopías que fácilmente conducen a totalitarismos y a engaños, Popper preconiza una política práctica: respetar al máximo la persona, la libertad, la iniciativa privada, y a la vez, hacer una lista de los males concretos que afligen a la sociedad e intentar erradicarlos, uno a uno, con medios concretos.

El yo y su cerebro

Sir John Eccles afirma que la metodología de Popper le ha ayudado en su trabajo científico, que le llevó hasta el premio Nobel. Popper y Eccles han sido buenos amigos y se admiraban mutuamente. Sin embargo, esto no les impidió manifestar sus diferencias, sobre todo respecto a los interrogantes últimos de la existencia. Volvamos al diálogo XI de «El yo y su cerebro» de 1977, para apreciar más de cerca esas diferencias.

Popper, como buen agnóstico, manifiesta no creer en la supervivencia después de la muerte: "yo no espero una eternidad de supervivencia. Por el contrario, la idea de continuar por siempre me parece manifiestamente aterradora..... Creo que realmente no valoraríamos la vida si esta estuviese abocada a proseguir por siempre. Creo que es precisamente el hecho de que es finita y limitada, el hecho de que hemos de enfrentarnos a su fin, el que confiere mayor valor a la vida e incluso al sufrimiento final de la muerte..... Quizá deba decir también que todos los intentos de imaginar una vida eterna me parece que han fracasado completamente a la hora de hacer esa idea atractiva de alguna manera. No preciso entrar en detalles, y lejos de mí ridiculizar tales intentos.... la muerte confiere valor, y en cierto sentido un valor casi infinito, a nuestras vidas, haciendo más urgente y atractiva la tarea de emplear nuestras vidas en conseguir algo para los demás".

Con la delicadeza de un amigo pero con la claridad de un científico, Eccles le replica: "Yo pienso, Karl, que está usted desorientado por los intentos burdos de describir la vida tras la muerte..... tiene que haber un meollo central, el yo más íntimo, que sobrevive a la muerte del cerebro para acceder a alguna otra existencia que está completamente más allá de cualquier cosa que podamos imaginar...".

Cuando habla de la sobrevivencia, Popper está pensando sobre todo en algunos intentos de describirla que le parecen poco serios. De hecho, alude expresamente al cielo islámico y a la semiexistencia fantasmal de los espiritistas. Por el contrario, cuando Eccles le habla de otra vida que se desarrolla en otras condiciones, fuera del tiempo y del espacio (como afirma el cristianismo), Popper añade: "Si hay algo de valioso en la idea de sobrevivencia, entonces pienso que quienes dicen que no puede ser simplemente en el espacio y en el tiempo, y que no puede tratarse meramente de una eternidad temporal han de ser tomados muy seriamente".

Ciencia y espíritu

Eccles defiende la espiritualidad del alma humana, creada por Dios y destinada a una vida que se extiende más allá de la existencia terrena. Y en su diálogo alude a otro premio Nobel, Charles Sherrington, también experto (como Eccles) en el cerebro. Cuenta que Sherrington escribió en contra de la inmortalidad, pero añade: "me dio a entender inmediatamente antes de su muerte, en 1952, que quizá había cambiado de opinión a este respecto, afirmando: «Para mí, ahora la única realidad es el alma humana»".

La ciencia experimental no nos dice nada acerca de Dios, ni del alma, ni de la ética. Pero esto no significa que no haya Dios, alma y ética: simplemente, se trata de realidades que caen fuera del ámbito de las ciencias. Cuando se instrumentaliza la ciencia, llevándola más allá de sus límites, se incurre en excesos como los que Eccles describe con estas palabras: "Creo que la ciencia ha ido demasiado lejos en la ruptura de

las creencias del hombre en su grandeza espiritual, suministrándole la idea de que es simplemente un insignificante ser material en la frígida inmensidad cósmica... el hombre es mucho más de lo que señala su explicación puramente materialista".

La ciencia nada tiene que ver con el materialismo ni con el agnosticismo. Hoy día lo reconocen la mayoría de los materialistas y agnósticos. En cambio, el enorme progreso de las ciencias muestra que la persona humana posee unas capacidades de argumentar y de razonar, que le sitúan muy por encima del resto de los seres naturales.

Popper subraya una vez y otra, con acierto, la importancia de la argumentación y del razonamiento. Incluso se ha denominado a su filosofía «racionalismo crítico». Tiene también razón cuando señala los grandes límites de nuestro conocimiento, y cuando defiende la persona frente al autoritarismo. Pero tropieza con dificultades cuando se plantea la fundamentación de su filosofía. En efecto, si sólo somos animales más evolucionados que otros, ¿de dónde surgen la inteligencia, la capacidad de hacer ciencia, y los valores éticos?

¿Hay respuestas últimas?

En su diálogo con Popper, Eccles afirma: "Así, me veo obligado a creer que existe lo que podríamos llamar un origen sobrenatural de mi única mente autoconsciente, de mi yo único o de mi alma única".

Las diferencias entre Eccles y Popper no pueden resolverse sólo con la ciencia. Incluyen dosis de experiencia personal, de convicciones íntimas que surgen de otras fuentes, y de filosofía. Por ejemplo, por lo que él mismo explica en su autobiografía, no parece que Popper haya encontrado facilidades para un conocimiento profundo de la religión. En cambio, su formación filosófica le lleva a plantear los problemas de una manera que, probablemente, conduce sin remedio a callejones sin salida; así, en el caso del conocimiento, Popper identifica, como Descartes y tantos otros, la certeza con una demostración perfecta y absoluta que, efectivamente, es muy difícil y, quizás, imposible: y no advierte que podemos llegar a certezas auténticas aunque no se basen en demostraciones «idealmente perfectas».

A falta de respuestas últimas, la búsqueda y el reconocimiento de la verdad, así como los valores éticos, quedan bastante en el aire. Si sólo somos animales más evolucionados que otros, ¿qué sentido tiene hablar de una verdad objetiva?, y ¿por qué no vamos a aplicar la «ley de la selva»? ¿No son más consecuentes los agnósticos que llegan al escepticismo y al puro pragmatismo?

Hasta luego.....

Desde luego, Popper no es escéptico ni un puro pragmatista. Y siempre ha defendido la racionalidad y el respeto hacia la persona. Al concluir su diálogo con Eccles, declara: "pienso que he de hablar por ambos al decir que, a pesar de estar en desacuerdo, tomamos en serio y respetamos nuestras respectivas opiniones sobre la materia. Creo que ambos nos alzaríamos en contra de la falta de respeto hacia la actitud de alguien acerca de estas importantísimas cuestiones".

En otros tiempos, podría decirse que Popper era todo un caballero. Lo era literalmente porque, siendo austríaco, fue nombrado caballero por la reina de Inglaterra, donde vivió desde hace 50 años. Sir Karl Popper ha dejado tras de sí una estela de dignidad y muchas ideas que resultan estimulantes incluso cuando no se comparten, como a mí me sucede con algunas de ellas.

Yo me encontré con la obra de Popper, casualmente, hace unos 30 años. La conozco bastante bien, y siempre ha representado un estímulo para mi propio trabajo. Dí un curso de doctorado sobre Popper en la Universidad de Barcelona cuando casi nadie hablaba de él en España. Mi primer libro trató sobre Popper. Comparto muchas de sus intuiciones, aunque me parece que les falta un fundamento adecuado y que, por ese motivo, sus conclusiones pueden resultar, a veces, desorientadoras. Pero le debo mucho.

Estoy seguro de que Sir John Eccles habrá rezado por él. Yo también. No sé cuál habrá sido la actitud de Sir Karl en sus últimos momentos, pero estoy convencido de que sigue viviendo en la espera de la resurrección final. Aunque él no lo supiera. Y tengo la esperanza de encontrarle dentro de algún tiempo, porque me parece que tenía, y tiene, un alma noble.

Principales obras de Popper

La lógica de la investigación científica. Tecnos, Madrid 1977. (original 1934)

La miseria del historicismo. Taurus-Alianza, Madrid 1973. (original 1944-1945)

La sociedad abierta y sus enemigos. Paidós, Barcelona 1982. (original 1945).

Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico. Paidós, Barcelona 1983. (original 1963)

Conocimiento objetivo: un enfoque evolucionista. Tecnos, Madrid 1974. (original 1972)

El yo y su cerebro (en colaboración con J. C. Eccles). Labor, Barcelona 1980 (original 1977).

Búsqueda sin término. Una autobiografía intelectual. Tecnos, Madrid 1977. (original 1974)

Post-scriptum a «La lógica de la investigación científica». 3 volúmenes. Tecnos, Madrid 1984 y 1985. (original 1982-1983)

Sobre Popper

Artigas, M. *Karl Popper: Búsqueda sin término*. Magisterio Español, Madrid 1979. Es una síntesis y análisis crítico de la filosofía de Popper. 179 páginas.

Artigas, M. *La búsqueda de Karl Popper*. Aceprensa, 70/84 (9 mayo 1984).

Artigas, M. «*El universo abierto*» de Karl Popper. Aceprensa, 171/84 (7 noviembre 1984).

Artigas, M. *El desafío de la racionalidad*. Eunsa, Pamplona 1994 (en prensa). El capítulo II es una exposición y análisis de la vida, las obras y el pensamiento de Popper.